

The American Era-Power and Strategy for the 21st Century. With a New Postscript Analyzing Foreign Policy After Iraq

Robert J. Lieber, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2007.

El «estado de anarquía» es la condición normal del sistema internacional, pero esta anarquía se ha vuelto más peligrosa. Robert J. Lieber, catedrático de la Universidad de Georgetown, está convencido de que, en estas circunstancias, no hay alternativa a la hegemonía político-estratégica, económica y sociocultural de los Estados Unidos.

En el período de la Guerra Fría, la localización del adversario no era un problema: su centro de operaciones estaba en el Kremlin, en Moscú. Hoy, los enemigos de las democracias pueden estar preparando su próximo golpe en una remota caverna en las montañas de un país asiático, o en una ciudad europea. El «equilibrio del terror» operaba a partir de la premisa de la racionalidad estratégica. La certeza de la llamada «destrucción mutua asegurada» moderaba el comportamiento de los contendientes, produciendo el efecto de disuasión. En cambio, no hay disuasión posible frente a los fanáticos que golpean al enemigo mediante ataques suicidas.

La obra que comentamos es, sin duda, un libro importante. Su tesis se aparta de la «corrección política» de lo que Lieber llama «multilateralismo liberal» ya que a su juicio únicamente

el ejercicio global del poder de los Estados Unidos es capaz de responder a las nuevas amenazas de tipo terrorista, el uso potencial de armas de destrucción masiva, y la explotación de las debilidades de los «Estados fallidos».

Si bien sería deseable que las Naciones Unidas actuaran de manera más asertiva tanto en el plano del derecho internacional como de la diplomacia y que regulara el uso de la fuerza, el análisis de Lieber concluye que la entidad multilateral es muy débil para hacer frente a los nuevos desafíos. Las Naciones Unidas dependen esencialmente de la capacidad de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de alcanzar consensos políticos, y también requiere el concurso de voluntades de algunos miembros no permanentes. En la medida en que no se reúnan estos requisitos, la entidad multilateral se verá inevitablemente sobrepasada por la dinámica de los conflictos.

El despliegue de los recursos político-militares y económicos de Estados Unidos necesariamente da lugar a reacciones contrarias. No obstante, según Lieber, las posturas críticas —entre moderadas y virulentas— difícilmente alcanzan a configurar alternativas políticas al liderazgo de Washington. Tal es el caso de la Unión Europea, que aspira a desarrollar una política exterior propia, pero que hasta ahora suele dividirse frente a las crisis internacionales, como la guerra de Irak. De este modo, el centro de gravedad de las decisiones no se ha trasladado a Bruselas, y los miembros siguen actuando en función de lo que cada uno considera su interés nacional.

Una democracia como Estados Unidos no puede sustraer el manejo de crisis al escrutinio de los medios de comunicación y al enjuiciamiento de los actores políticos y de la sociedad civil en las más diversas instancias, incluyendo el uso masivo de la Internet. En este aspecto, las limitaciones más importantes surgen en la política interna estadounidense, sobre todo en períodos electorales. Por otra parte, las libertades públicas sufren cierto grado de erosión en las nuevas circunstancias, al plantearse una instauración progresiva de regímenes de excepción que afectan garantías básicas como la privacidad de las comunicaciones, el libre desplazamiento de las personas y los derechos procesales. Al respecto, la tesis de George Bush de no permitir el uso de las libertades cuando el objetivo

último es terminar con ellas, correspondería a la perspectiva general de Lieber, si bien los abusos (como los cometidos por militares norteamericanos contra prisioneros iraquíes en Abu Gharib) no deben tolerarse debido a que dañan la reputación de Estados Unidos en materia de derechos humanos¹.

El autor no desconoce la trascendencia de lo que Joseph Nye ha denominado *soft power*, que en términos generales corresponde a la capacidad de influir en las actitudes y el comportamiento de los interlocutores mediante la atracción más que la coerción o el poder económico². Reconoce que el gobierno de Estados Unidos tiene un gran déficit en términos de diplomacia pública, o sea, de la capacidad de persuadir a otros actores a acercarse a las tesis políticas y cursos de acción preferidos por Washington. Sin embargo, se pregunta –a nuestro juicio, justificadamente– si podría identificarse algún mecanismo específico de «aplicación» de este género de poder, con lo que queda la impresión de que podría tratarse, en último término, de algo difuso, como la constitución de una «reserva de legitimidad» a partir de la identificación de diversos actores con elementos del *soft power* estadounidense. Obviamente, el efecto del *soft power* sería nulo, o contraproducente, cuando se trata de interlocutores que rechazan de manera absoluta todo lo que se asocia con los Estados Unidos: la cultura, el consumo, la organización social, las creencias religiosas, etc.

La combinación de todos los recursos de poder (tradicionales y del tipo *soft*) da lugar a la «gran estrategia». A este nivel, Estados Unidos enfrenta riesgos militares –como una multiplicación de los conflictos– y los dilemas de victoria militar vs. derrota política (incapacidad de consolidar resultados en términos de gobernabilidad), todo lo cual puede afectar niveles ya precarios de apoyo interno en Estados Unidos, y no ser compatible con demandas económico-sociales de sectores que se sienten postergados (trabajadores que sienten que sus ingresos están estancados, jubilados que exigen más y mejores prestaciones médico-sociales, etc.).

De este modo, surgen dudas de fondo acerca de la capaci-

¹ Lieber, *The American Era*, p. 130.

² Lieber, *op. cit.*, p. 33 La tesis de Nye se desarrolla ampliamente en Joseph S. Nye Jr., *Soft Power – The Means to Success in World Politics*, Nueva York, Public Affairs, 2004

dad de Estados Unidos de llevar adelante una «gran estrategia» hegemónica de largo plazo.

La posición general de Lieber es que diferentes gobiernos terminarán adoptando posturas internacionales menos disímiles de lo previsto (si hoy se habla de «doctrina Bush», podría haber doctrinas parecidas bajo otros nombres). Pero el autor no tiene respuestas claras frente a problemas y limitaciones como, por ejemplo, la escasa inclinación de los estadounidenses a aceptar –en lo personal– participar en una presencia global de largo plazo, tanto militar como civil. Es lo que Niall Ferguson llama *manpower deficit* del «imperio americano»³.

Otra interrogante se refiere a la capacidad de Estados Unidos de financiar sus déficit presupuestario y de cuentas externas mediante la masiva generación de deuda externa⁴, especialmente en el contexto de una fuerte devaluación del dólar. Hasta el momento, grandes tenedores de títulos de deuda –especialmente del Tesoro de Estados Unidos– como Japón, China y Singapur, han sostenido el sistema. Respecto de China, si bien Lieber reconoce la existencia de importantes áreas de fricción, su conclusión es que los imperativos del desarrollo económico llevarán a Beijing a mantener una postura no conflictiva, al menos a corto y mediano plazos. En general, esta postura es compartida en el Este de Asia, donde ninguna potencia busca terminar con la presencia estratégica de Estados Unidos. Tal objetivo no parece muy atractivo en la medida en que podría empujar a Japón a considerar la opción nuclear, lo que obviamente generaría un escenario altamente indeseable en Asia.

En conclusión, la obra de Lieber constituye un aporte importante a la literatura sobre política exterior de Estados Unidos y la situación político-estratégica internacional del período post 11 de septiembre de 2001. Lieber sin duda está en lo cierto al afirmar que la hegemonía global de Estados Unidos es un hecho. Pero nos parece que el autor subestima las limitaciones de que adolece esa hegemonía. Como ha sos-

³ Niall Ferguson, *Colossus, The Rise and Fall of the American Empire*, Londres y Nueva York, Penguin Books, 2005, p. 208.

⁴ Ferguson, *op. cit.*, pp. 280-281.

tenido Kishore Mahbubani, la misma influencia intelectual de las instituciones estadounidenses (se refiere especialmente a las universidades), al contribuir a constituir nuevas élites en los países emergentes, da lugar a un nuevo tipo de crítica, más sólida y articulada, de la política exterior de Washington⁵. Por lo general, esas élites, tanto en Asia como en América Latina, los países árabes, etc., no son antinorteamericanas, pero obviamente privilegian los intereses de sus propios países, y no vacilan en hacer ver a sus interlocutores de los Estados Unidos las desventajas y limitaciones de las decisiones unilaterales e inconsultas que desde hace un tiempo caracterizan la política exterior de la potencia hegemónica.

Manfred Wilhelmy v.W.

⁵ Kishore Mahbubani, *Beyond the Age of Innocence – Rebuilding Trust Between America and the World*, Nueva York, Public Affairs, 2005, pp. 183.184